



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

PA 6641

. Ib

G72

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD

LAS GRANADAS DE RUBÍES

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

I

Dos veces todos los años, el viejo narrador del desierto levantaba las largas y pesadas cortinas de púrpura, que impedían la entrada a su tienda, y aparecía en el umbral, envuelto en sus amplias vestiduras blancas, grave y solemne, con la majestad de un profeta que se dispone a traducir, en el mísero lenguaje de los hombres, los misteriosos conceptos sobrehumanos, que entre el fragor del trueno y el deslumbramiento del relámpago, le fueron revelados en la cima de una bíblica montaña.

Dos veces al año, el narrador del desierto extendía sobre el umbral de su tienda una gran alcatifa franjeada de seda, tejida con extraños arabescos de hilos de plata, que al enlazarse en el centro formaban un maravilloso jeroglífico...

Gravemente, como el que cumple un rito sagrado, colocaba en el centro de la alcatifa un cojín de cuero negro, sobre el cual resaltaban complicados adornos de oro, interrumpidos de cuando en cuando por pequeños óvalos de ámbar que le daban vitales fosforescencias felinas. Y este cojín le servía de asiento.

Siempre escogía para empezar sus narraciones

esa hora silenciosa y dulce en que el sol declina, cuando es más intenso y puro el azul diáfano de los cielos, curvado sobre la inmovilidad bronceada de los palmares lejanos.

A su espíritu extático y contemplativo le parecía aquel momento el más oportuno y propicio para interpretar, en palpitantes relatos, el sentido misterioso y oculto de las más herméticas profecías.

Hacía mucho tiempo que le conocía la gente de aquellos contornos, y aunque sólo se dejaba ver dos veces cada año, su recuerdo permanecía muy vivo en el corazón de los beduinos y su nombre era siempre el motivo más familiar de sus veladas, bajo la luz de plata de la luna, en torno de las cisternas o junto a las empalizadas que guardaban los rebaños de la voracidad hambrienta de las fieras.

Como desconocían su nombre, le llamaban simplemente el Narrador del Desierto.

Su fama se había extendido tanto en lenguas de la admiración, que no existía un solo aduar desde las montañas del Líbano hasta las extensas planicies del Hegiar, en el que no se conociese y reverenciase su nombre.

Su tienda permanecía cerrada durante todo el año, como tabernáculo privado de celebrantes y de adoradores.

Se afirmaba que después de derramar sobre los hombres el armonioso consuelo de sus parábolas, perfumadas de la más santa piedad, emigraba, siguiendo el vuelo de las cigüeñas, a desconocidos parajes inaccesibles a toda humana planta, a bosques intrincados de fabulosos prodigios, donde la

voz divina se hace oír en el bramar espumoso de los torrentes, en el rugir de las bestias feroces, en el silbato agudo y cortante de las serpientes, y hasta en el estremecimiento fragante de la brisa, al animar los altos cañaverales floridos de campañas silvestres.

Algunos murmuraban en voz baja, casi al oído, como si relatasen algún misterio inaudito que, al extinguirse las últimas palabras de sus narraciones, desaparecía con el crepúsculo, y, transformado en sombra, iba a perderse, invisible, en la profundidad azul de la noche, hasta volar a las más ocultas y remotas constelaciones, para luego descender de ellas con el alma henchida como una copa colmada de todos los tesoros inauditos que encierra el Misterio.

Había quien juraba haberle visto, bajo la claridad de perlas de la Luna, dibujar en el suelo con una varita metálica extraños jeroglíficos, siguiendo los vagos contornos que proyectaban las sombras de los altos ramajes de las palmeras.

Los rudos pastores que conducen sus manadas de cabras negras y lanudas a pastar en los amarillentos herbajes que crecen, raquíticos y miserables, a orillas de las cisternas o entre las blancas rocas calcinadas de las montañas del Irak, aseguran en voz baja, estremecidos de espanto, que la tienda del narrador del desierto estaba guardada por monstruosos dragones que impedían todo acceso a sus umbrales.

Siempre que el viejo macho cabrío de retorcida cuerna, que servía de guía a sus rebaños, había intentado aproximarse a ella, al rozar con su hoci-

co áspero y húmedo los tapices de la entrada, había tenido que retroceder, dando saltos y cabrioladas alocadas, como si hubiese sentido en su lengua lijosa y sucia, la picadura de una de esas víboras que se enroscan a los matorrales secos, hambrientas de infiltrar su veneno, en esas horas asfixiantes en que el sol agosta y suprime hasta las sombras de los troncos desnudos y leprosos de las higueras salvajes y de las altas pitas polvorientas.

¿Por qué sucedía esto?

Porque los dragones que custodiaban la tienda del narrador del desierto, soplaban sin ser vistos por entre las rendijas de la tienda...

Y su aliento era abrasador y ampollante, como el del simoun que devora y calcina los restos de las caravanas...

Una vez, uno de esos guerreros nómadas de cabellos teñidos de azafrán y coronados con guirnaldas de muftí, de esas flores que tornan invulnerables a los que se adornan con ellas, en la serenidad de una hora crepuscular, tuvo la mala ocurrencia de disparar, en un gesto de desprecio y de burla, una flecha al interior de la tienda del narrador del desierto...

Mas apenas la flecha hubo partido, silbando, del arco firme y vibrante, guiada por el brazo duro y el ojo experto, como si rebotase en un escudo de diamante, tornó hacia fuera y fué a clavarse violentamente en el amplio y vellosa tórax del arquero.

El guerrero nómada abrió los brazos y, espumajeando rabia y angustia, cayó exánime sobre las arenas, y la guirnalda de muftí se enrojeció de re-

pente con los cálidos tonos de la sangre viva...

Se decía también que un fakir, de luengas y blancas barbas y enmarañados cabellos, tan largos que flotaban sobre sus hombros como un manto de armiño, llegado de las remotas regiones donde el Ganges arrastra su corriente sagrada entre bosques de encanto y ciudades de misterio, ansioso de averiguar lo que ocultaba la tienda, había obligado, en una tarde de oro y de púrpura, a una inmensa boa que le acompañaba en su larga peregrinación, a introducirse en el retiro impenetrable del narrador del desierto.

Apenas la serpiente introdujo su achatada y avizorante cabeza de ojos fascinantes entre los cortinajes de la entrada, se vió su largo y escamoso tronco encogerse y vibrar, ondular y retorcerse, como si un yatagán invisible la hubiese cercenado...

Y al expirar, en los angustiosos estertores de la agonía, extranguló entre sus anillos el cuerpo mísero y centenario del sabio fakir.

II

¿Quién era aquel extraño y ambiguo narrador del desierto?

¿De qué tierra remota, de qué apartadas y desconocidas regiones venía?

¿Cómo y de qué vivía durante el resto del año?

Nadie sabía nada, y el misterio impenetrable que le envolvía, el halo milagroso que fulguraba sobre su frente, como una corona de oro y de estrellas sobre la blanca casta de su turbante, le daban mayor prestigio a su figura y un encanto sobrehumano a sus palabras.

En toda aquella tierra, estéril y ardiente, comida por el sol como por una lepra, y devorada por su propio ardor, como por un fuego interno, se le profesaba una veneración tan grande y tan profunda que casi rayaba en idolatría; y su palabra, las dos veces al año en que él la derramaba, como una música de consuelo y de esperanza sobre el corazón de la muchedumbre, era reputada por todos, no como si saliese de una humana garganta, sino como escapada, en un soplo de revelación, de los labios inmortales de un Dios.

Se esperaba con temblores de mística impaciencia que su mano descarnada y sutil, mano acostumbrada a palpar lo impalpable, alzase la larga y pesada cortina que cubría la entrada de la tienda, como se esperan las claridades frescas y benéficas del alba, después de una larga noche de monstruosas pesadillas y de febriles insomnios.

El acto apacible y sencillo de extender la amplia alcatifa, que el narrador colocaba en el umbral de la tienda, con la majestad grave y serena de un profeta que se dispone a derramar sobre los mortales obscurecidos en su ignorancia, la luz viva y gozante de paz que despiden las palabras divinas, era comparado por todas aquellas gentes, al gesto bíblico de Moisés, al tocar con su vara mágica la esterilidad dura y salvaje de la roca, para hacer

surgir la epifanía del agua y calmar la sed del pueblo abrasado.

Al destilar sus panales de frescura el agua, la alegría enciende las pupilas; al extenderse la alcatifa, las gentes, bajo sus mantos de lino, bajo sus pieles de camello, sentían sus corazones estallar de júbilo, y una frescura de serenidad, como un rocío del cielo, bajaba suavemente a refrescar sus almas agostadas por todas las áridas y terribles vicisitudes de la vida.

Alguno de esos hombres doctos que han encanecido a la luz vacilante y humosa de las lámparas, en la soledad del estudio, descifrando los viejos caracteres de los pergaminos, exclamaba, con lenta y sonora voz, entre el corro de los oyentes, que se impacientaban en la espera:

—«El narrador del desierto es la encarnación viva y humana de la meditación.

No le es lícito hablar siempre que quiere, sino cuando sus labios están absolutamente puros para poder expresar las verdades que han fructificado en el fondo de su alma.

Mas cuando la meditación habla, las voces extrañas deben callar, hasta que puedan recibir en toda su integrante fecundidad las palabras de la meditación, que son palabras maduras.

El más alto silencio se ilumina de estrellas, y el más profundo se entenebrece con la sombra de las tumbas.

El hombre no puede ni elevarse hasta aquél, ni descender hasta éste; mas viviendo entre el uno y el otro, debe saber coronar con palabras maduras la frente de la meditación.

Oigámosle en silencio, y que en el silencio nuestras almas se tiendan, como los labios sedientos, hacia la fuente de sus palabras».

Un humilde labrador del oasis de Betsabe, uno de esos pobres hombres que envejecen curvados sobre los surcos para llenar los trojes y vestir de oro y joyas a las odaliscas de los harenes de los Califas, añadió, suspirando en la gran serenidad azul y rosa del crepúsculo, la tristeza de la ancestral rebeldía de su raza, destinada por un negro y duro destino, desde la eternidad de los tiempos, a la más pesada servidumbre:

—«El rey de la tierra es sólo un fantasma, si se le ve a la luz de la meditación.

Él no debe contemplar, delante del espejo, si la corona corresponde a su majestad, sino buscar esta correspondencia en el fondo de su conciencia, como el narrador del desierto la busca en la soledad y en el silencio de la meditación.

El hombre no ha nacido para subir estúpidamente a las doradas alturas del trono, sino para ascender sabiamente a las altas regiones del pensamiento.

La autoridad con púrpura y cetro, con atambores que la anuncien y con espadas y lanzas que la resguarden, no es más que una abominable superstición».

Un viejo mendigo, casi milenario, en cuyo rostro seco y arrugado parecían petrificarse todas las amarguras y cansancios de una vida errante, sin calor de hogar ni alegrías de amor, recitó, con su voz plañidera de pordiosero, mientras sus uñas ásperas y negras se rascaban bajo los andrajos del

manto, la miseria y la costra de sus llagas inmundas:

—«Subí ricas y jaspeadas escaleras, graderías de mosaicos, con los pies descalzos, porque temían los celosos custodios que mis gastadas sandalias de viandante enlodasen los mármoles de los magníficos pavimentos.

Empujé espléndidas puertas de sándalo importado de la India y de marfil traído en pesadas galeas del Alto Egipto, con mis trémulas manos enguantadas, porque temían los miserables guardianes que con mis callosos dedos manchase el esplendor de las puertas.

Y cuando me hallé delante de los señores de la fortuna y del poder, los siervos, esgrimiendo sus armas y blandiendo sobre mis espaldas sus látigos, me arrojaron de su presencia, temerosos de que con mi aliento apestase la ociosidad de sus señores.

Rechacé su limosna a tan humillante precio, y al rechazarla me sentí más grande que el poder y la fortuna.

Arrojé con desprecio los guantes, volviendo a contemplar de nuevo mis manos desnudas de toda humillación, y volví a descender las marmóreas escaleras, lavándome con tierra y agua mis pies antes de calzarlos y emprender mi camino.

El narrador del desierto, señor y rey del pensamiento, me acoge cordialmente sobre sus almohadones, aunque traiga remendado y hecho jirones el traje, las sandalias cubiertas de barro y las manos callosas y sucias de arrancar, para el sustento de mi boca, las raíces, del seno de la tierra.

Y no solamente me acoge y me da el signo de paz en el rostro, sin saber quién soy ni de dónde vengo, sino que con la madurez de su palabra sacia todas mis hambres.

El oro que socorre humillando, no es nada ni vale nada, comparado con la palabra que alimenta de fortaleza y de esperanza nuestras almas.

Un célebre bandido, cuyo solo nombre hacía estremecer de pánico a los camelleros de las caravanas que, cargadas de oro, especiería y piedras preciosas atraviesan, al son de los cascabeles, las estériles soledades del desierto, dijo, con acento duro y cortante como la hoja de la cimitarra, en cuya empuñadura ornada de rubíes y de topacios apoyaba gentilmente el bronce bello y firme de su mano:

—«Cuanto más grande es la propiedad, tanto más virtuoso se hace el hurto.

Yo conozco a muchos grandes señores de la fortuna, los cuales me han enseñado, con sus acciones, la ciencia del robo, y yo la he aprendido de ellos para su propio daño.

Un día en que el hambre me impulsó a robar un pedazo de pan, fui condenado.

Otra vez que un poderoso señor, con sus dádivas, me impulsó a violentar un cofre para robar unas joyas con que comprar el amor de una sultana, fui magníficamente recompensado y sólo faltó que mi nombre fuese bendito en las oraciones de las Mezquitas del Islam, para que mi gloria no tuviera que envidiar nada a la de los más famosos califas de Damasco y Bagdad.

Hoy he cumplido un acto piadoso arrebatando

su corona a un príncipe malvado que no podrá acusarme sin acusarse.

Mi desprecio le salva; su vergüenza me redime.

¡Cifñamos su corona, que esparce vivos resplandores de carbunclos, perlas y esmeraldas a las sabias y nobles sienes del narrador del desierto!»

Todos los oyentes aprobaron la proposición, alzándose en un júbilo de gestos y gritos triunfales.

La muchedumbre rodeó la puerta de la tienda, agitando al aire, a manera de estandartes, sus alquiceles.

—Coronémosle con la corona del príncipe —gritaban todos, mientras el famoso salteador de caravanas la extendía sobre la frente pensadora del narrador del desierto.

Este, que acababa de sentarse sobre el almohadón de cuero negro para empezar la narración, les detuvo con un gesto sobriamente irrevocable, y les habló así, alzándose de su asiento y elevando sus brazos a los cielos profundos del crepúsculo:

—¡Si yo cifñese mi frente con la espléndida corona que fulguró su orgullo de gemas y de oro sobre las sienes de un malvado, yo perdería la mía!

Nada sirven los carbunclos, las perlas ni las esmeraldas... ¡La Verdad gobierna y brilla por sí sola, sin el vano y efímero esplendor de las gemas! ¡Y yo sólo quiero que la verdad corone siempre mis pensamientos!

Y el narrador del desierto volvió a disponerse a comenzar su narración.

Y cuando, con las piernas cruzadas, se sentó sobre el almohadón de cuero negro, en el centro

de la amplia alcatifa, el silencio de la gente, contenido en una respiración anhelante, se iluminó de repente con una vaga claridad de cielo.

Hasta la brisa, una leve brisa perfumada de frescura y de rosas, que venía de los oasis próximos, parecía aletear como una paloma sobre la blanca frente del narrador, en la paz serena y vaga de la hora fugitiva...

III

El narrador del desierto tenía profundos y rasgados los grandes ojos, encendidos y voraces como llamas.

En su fondo de fuego parecía arder, en un largo y deslumbrante martirio de púrpura, el alma milenaria y sangrienta de los más puros y lípidos rubíes del Oriente.

Las pupilas pensativas y tenaces de aquel que constantemente medita, a la luz expectante de las lámparas, en el silencio cargado de promesas y desbordante de augurios de la soledad, sobre la vacuidad de todas las pasiones humanas, asumen, con la lenta y prolongada fijeza de sus miradas, cálidos matices bermejos de misteriosas combustiones interiores...

Como el rocío bienhechor y purificante de las lágrimas no humedece jamás sus iris, su propia y persistente aridez se congela en pétreos tonos de púrpura.

El narrador del desierto vestía una amplia túnica de lino, blanca como la nieve inmaculada que corona de pureza las cumbres inaccesibles del Hebrón, que descendía hasta sus pies en largos pliegues verticales, sujeta por un rico y precioso cinturón de damasco rojo, donde las perlas, los berilos, los crisopacios y el oro bordaban, al fundirse en enlances y engarces irreales, máximas y sentencias koránicas, en un milagro resplandeciente de paciencia y de fervor.

Un manto de seda azul, de ese azul fosco y brumoso que centellea sobre las crestas del oleaje cuando siente estremecerse sus entrañas a los primeros impulsos de la tempestad, flotaba sobre sus hombros hercúleos envolviendo en un prestigio celestial y marino las arrogancias de su busto y el misterio fascinante de su figura.

Una orla de esmeraldas daba fulguraciones de agua viva a la franja de terciopelo que le servía de fimbria.

La desnudez marmórea de sus pies exangües y finos, como si la sangre con la fatiga de los años y el cansancio de los largos caminos se hubiese ido apagando, se entreveía entre las ligaduras de la sutilísima piel que aseguraba a sus plantas las sandalias de cuero, teñidas de un rojo violento, como de sangre fresca.

Un turbante de gasa con ténues recamos de finísimos hilos de oro y plata, retorcido como una venda, envolvía su ancha y tersa frente, un poco abombada, como si estuviese grávida de los más grandes y generosos pensamientos.

Los cabellos copiosos y las luengas barbas pa-

triarcales, con sus mórbidas candideces de plenilunio, luchaban contra la áspera y firme angulosidad de su rostro, plasmado en el ministerio de la sombra más densa, de la tiniebla más dura.

Por fin sus labios se abrieron, como en el fervor de una plegaria, y habló así, a la muchedumbre que, ávida y curiosa, le rodeaba:

—«Gigante verdadero y poderoso solamente es aquel que se inviste de la fuerza indestructible e irrefrenable de su propia fe, y destroza sin temores su alma contra la amenaza misma. Así se convierte en rey de su propia conciencia, y es ungido con el óleo destilado de su propia voluntad.

Oíd, todos los que tenéis oídos y anhelos de saber, para purificarse y perfeccionarse por medio de la sabiduría, aquello que en largas horas de recogimiento y de soledad meditó sobre el famoso libro de los Reyes:

Era llegado el momento de elegir Rey de Israel.

Un día, la sabiduría, encarnada en la austera figura de Isaí Bethlehemita, habló a Samuel en esta forma:

—Samuel, Samuel, para la elección de nuestro Rey no debes fiarte ni de la belleza del rostro ni de lo elevado de la estatura.

El hombre sólo ve las apariencias, y la sabiduría escruta los corazones.

Has que tu elección sea digna de la grandeza del pueblo predilecto del Señor.

Henchido con el espíritu de la sabiduría su corazón, Samuel partió para Bethlehem, en la tribu de Judá, y llamando a su presencia a Isaí Abinadab, le escrutó en los ojos, y moviendo tristemen-

te la cabeza, lo apartó de su lado, diciéndole:

—No te puede elegir la Sabiduría para ceñir la corona de Israel.

Después se le presentó Isaí Samma, y Samuel de nuevo hundió la voracidad de sus miradas penetrantes de águila en las negras pupilas del bravo guerrero, y exclamó, con la voz un poco turbada:

—Tampoco a ti puede elegirte la Sabiduría.

Isaí Samma repuso:

—Ya que me crees indigno de ocupar el trono, ¿quieres escrutar los ojos de mis ocho hijos, a ver si alguno de ellos es digno de elección?...

Samuel condescendió, rogándole los fuera llevando a su presencia.

Isaí Samma le llevó siete, mas ninguno de ellos fué conceptuado por Samuel digno de subir al trono, a nombre de la Sabiduría.

Le dijo entonces al padre:

—¿Y tu otro hijo, por qué no lo has traído?...

El guerrero contestó:

—Es el más pequeño, y está en el monte, conduciendo los rebaños.

—¡Tráeme al pastor!—añadió imperativamente Samuel».

El narrador del desierto intercaló una pausa en su discurso y elevó sobre las gentes sus ojos, en cuyos iris resplandecientes ardía, a los últimos rayos de la luz, como un vívido incendio de rubíes.

La muchedumbre había ido aumentando en torno suyo, como si el encanto de sus palabras atrajese, para oirlas, hasta aquellos que vivían más allá de los desiertos y de las montañas nevadas del Hebrón.

Era todo un pueblo, ávido de la música consoladora que exhalaban sus labios.

Se veían mujeres con el ánfora llena de agua a la cabeza, cuyos perfiles evocaban la sombra patriarcal y gracil de la Rebeca bíblica; damas de arrogante porte, vestidas de sedas y de oro, envueltas en el misterio sutil y perfumado de sus velos de gasa, conducidas dentro de pequeñas literas de púrpura franjeadas de plata, por bellos y fuertes esclavos de la Libia... Hombres de majestuosos semblantes, con cimitarras de pomos de pedrería y grandes turbantes constelados de gemas como fastuosas tiaras; viejos venerables, arrastrando sus mantos listados y sus plantas exangües al arrimo de sus báculos; niños y niñas como pájaros estremecidos de alegría bajo la candidez flotante y ondulosa de sus túnicas blancas.

Llegaban en largas y fantásticas caravanas, de sus casas lejanas, de sus aduares remotos, de las más distantes ciudades y por los más largos y polvorientos caminos, con los corazones ávidos y los oídos ansiosos de escuchar las maravillosas historias del narrador del desierto.

El cielo era como un ruego ardiente, como un voto inflamado; y los palmares se sumergían en la luz roja, y sus reflejos cálidos se extendían sobre la gente como las palabras del narrador sobre las almas.

La voz, en el transcurso de la narración, se encendía con el mismo color del cielo.

El era el verdadero monarca de todo aquel pueblo, diverso en rangos, pero uno solo en la devoción, sugestionado bajo el dominio sonoro y maravilloso de su elocuencia.

IV

Continuó el narrador del desierto:

—«El pastorcillo, el más pequeño de los hijos de Isai, el que pastaba sus rebaños a las faldas de las montañas del Líbano, fué conducido a la presencia de Samuel.

Era bello, como una humana flor, con la cabeza de un contorno estatuario aureolada de cabellos blondos, con los ojos fulgurantes de prodigios azules que hacían pensar en los lagos montaraces, bajo el encanto supremo del alba y en las profundas lejanías de los dilatados horizontes marinos. Su rostro tenía ese tono rosado y áureo de las pomas que destilan sus mieles en el recogimiento fragante de los huertos de Octubre.

Era ágil y fuerte como los mastines que vigilaban el sueño de sus rebaños, al arrimo de los redeles.

Una piel ruda de cordero envolvía el candor de su cuerpo adolescente, de amplio torax y finos miembros, que hacían pensar en la belleza tersa y rígida de sus arcos maravillosos que al curvarse siembran la muerte, y son como un vivo himno que canta la salvaje energía y el triunfo inmortal de la fuerza.

Era bello, ágil y manso como los corderos a quienes dejaba, en las horas del sesteo, bajo las sombras de los cedros, lamér sus largas y blancas